

suelo de mi viudez, y el horror de mi prision, escribiendo estas tristes memorias. Con esto hago rebosar sin duda la copa envenenada, que me están aplicando á los labios hace tiempo; pero tambien me parece que así se disminuye su amargura. —

En esto Michonis quiso retirarse, á pesar de las instancias de la reina. Aun puede Vd. estar, me dijo el magistrado, en compañía de S. M. dos horas, pues es el tiempo que necesito para dar una vista á los presos, y me haría sospechoso, si estuviere aquí mas tiempo. — Fuése, y la reina empezó la lectura de su manuscrito, que me entregó mas adelante, y que su muerte me permite comunicar á Vd.

ESTRACTO

DEL

MANUSCRITO DE MARÍA ANTONIETA,

INTITULADO:

UNA CAUSA SECRETA DE LA REVOLUCION.

(*Documentos justificativos*, núm. 19.)

« La Providencia nos descubre su existencia y su poder, haciendo que de cada una de las acciones, que componen la vida del hombre, resulte un acontecimiento memorable, que viene á ser su moralidad. Pero á fin de que sea útil este acontecimiento, y que esta moralidad redunde en beneficio de toda la especie, ha querido que uno y otro fuesen siempre en sentido encontrado con los deseos corrompidos, y sirviesen igualmente para cubrir de vergüenza, y á veces de casti-

go, al vicioso y al criminal, y de gloria duradera al adorador de la virtud. Así mientras el ambicioso, subido á la cumbre de la grandeza, busca en vano bajo las cortinas de púrpura el sueño que huye de él, el aldeano sencillo, al salir de su trabajo, lo encuentra en su tranquila cabecera. De la misma manera el hombre honrado disfruta en los abrazos de su casta esposa las delicias inocentes, que no le pueden proporcionar al libertino los halagos de una impura cortesana.

Estas reflexiones, frutos tardíos de la desventura, no son ajenas de mi historia deplorable. La suerte trágica de Luis xvi ha demostrado, que la debilidad en un Gobierno es el vicio mas destructor: mi esposo con mas espíritu, hubiese sido ménos culpado; y nunca subiera al cadalso, si hubiese ántes permitido que la sangre de un conspirador lo manchase. En cuanto á mí,

si como hay motivo para preverlo, sigo sus pasos, será por efecto de mis inconsecuencias y de mi poca reflexion. El fundamento de mis antiguos triunfos será el pretesto de mi ruina; y el mismo pueblo, que celebraba mis desbarros imitándolos, castigará con una muerte sangrienta las satisfacciones que me ha hecho disfrutar. Inmortal María Teresa, madre mia, ¿por qué no habré yo escuchado vuestros preceptos é imitado vuestro ejemplo? Todas las pasiones agitaban vuestra alma; pero ella, mas poderosa que todas, supo hacerles frente. Despues de haber conquistado vuestro imperio como esforzado caudillo, lo administrasteis cual sabio legislador, y supisteis reinar sobre vos misma. En vuestro reinado los placeres acompañaban á los negocios, sin perjudicarse jamas: no parecía sinó que el amor se había reconciliado con la sabiduría; y la tier-

ra, asombrada de tanto heroismo en una gerarquía que no conoce sino el orgullo, y en un sexo nacido para el regalo, la tierra repitió los vivas de vuestros ejércitos triunfantes, y os proclamó gran monarca y hombre grande.

Una altanería escesiva fué la única herencia que me cupo de aquella muger tan célebre; pero en vez de acertar á refrenarla, aparentando indiferencia, ó agasajando siempre con esmero, le di por el contrario mas fuerza con mi indiscreto desarreglo. El orgullo se hace disimulable, cuando está sostenido por la modestia; pero ¿quién puede sobrellevarlo, si solo se manifiesta con los humos de la arrogancia? Aun escribiendo esto, y entrañablemente apesadumbrada de mis yerros, confieso que al mismo tiempo que los reconozco, me siento todavía propensa á volverlos á cometer. Jamas acabaré de concebir, que la hija de los Césa-

res, esposa, madre y hermana de reyes, esté amasada con el barro comun del vulgo humano; y por mas que la razon me demuestre la falsedad de este pensamiento, mi corazon se complace en creer, que una chispa acendrada de la divinidad anima á los que destinó ella misma á reinar.

Con aquel orgullo insensato, que una educacion atinada hubiera podido arreglar, pero que se engrió mas y mas con el boato y con el ambiente emponzoñado de la lisonja, vino luego á juntarse el deseo desmedido de los placeres. Para darles cebo, se reunieron el atractivo anticipado con que me favoreció la naturaleza, y los dones que me tributaba officiosa la fortuna. Desde la edad en que la vida solo exhalá el aire puro de la inocencia, sentí en mí un temperamento fogoso, que abrasando mis potencias, ha ido labrando en mi carácter la propension

á los proyectos arrojados y á las tramas políticas. Así, por un fenómeno muy reparable, mi corazón ha sido de continuo el juguete y la presa de dos pasiones encontradas, y que solo se asemejan en los peligros que acarrear, quiero decir, la ambición y el amor. La una, desprendiéndome de los deleites materiales, arrebatava mi espíritu á las especulaciones mas sublimes, y como el águila imperial que se mira en el sol, se remontaba á una elevacion soberana, universal y absoluta; y la otra, bajándome á la tierra, hermoçada con sus estremados embelesos, colocaba mi corazón en medio de los afectos que produce, como la alondra que oculta su nido entre dos surcos.

Combatida por estas dos pasiones me encontraba, cuando me presenté en la corte de Versalles. Encontré desde Viena todo el camino enramado de guirnaldas, y perfumado con flores:

mi presencia, cual si fuera la de una diosa, hacía resplandecer el júbilo en todos los semblantes, derramaba el verdor por los plantíos, y sazónaba todos los frutos. No oía mas que voces melodiosas, que al eco de suaves instrumentos cantaban y repetían millares de veces el nombre de *Antonietta*. La poesía me tributó sus mas ingeniosas producciones; el lápiz y el buril se esmeraron á porfía en retratarme, y todas las artes se hermanaron para encarecer mi gloria, y ofrecerme millares de placeres.

Era para mí entónces el mas apreciable, el de hacer gala de mi atractivo. Me deleitaba en salir al público con un desaliño voluptuoso, adornada de mi juventud y de mi lozanía, en medio de una corte de tanto fausto y pompa. Me pagaba de ver á los jovencillos palaciegos atropellarse en mi tránsito, mirarme con ahinco, y su-

surrar aquellos elogios, tanto mas lisonjeros, cuanto aparentan ménos el querer parecerlo. A veces la sencillez de un lugareño me enamoraba, y sentía no poderle demostrar con toda llaneza, que podía sin agravio olvidarse de mi gerarquía, y atender solo á mi atractivo. ¡O recuerdos engañosos, y quizá criminales! ¿en qué tiempo, y en qué lugar revivís en mi memoria? ¿Puedo acaso recordaros, sin recordar tambien mis estravíos y mis desdichas?

Nadie ignora que el monarca viejo de Francia, como que se desentendía de su gloria, y mancillaba sus años postreros con el trato de una impúdica Láis. Desde la hediondez, en que su nacimiento oscuro, educacion grosera y costumbres abandonadas la habían encenagado, se abalanzó al solio, y en cierta manera lo profanaba. Es justo que confesemos, que la misma

suerte que le había negado el nacimiento y la fortuna, la había compensado con los atractivos de la hermosura y del embeleso, pues venía á ser la cabeza de la mas jóven de las Gracias sobre el cuerpo de Vénus.

Desde luego sentí un arrebató de zelos y de despecho al ver aquella cortesana; y la sobrada condescendencia del rey, la bajeza de los nobles envilecidos, la vergonzosa infamia de otros, que competían entre sí por el torpe honor de incensar al ídolo; tanta insolencia por una parte, y tanta vileza por otra, escitaron mi indignacion.

Mas luego me hice cargo, de que por este medio hacia favor á la interesada, y empezé á mirarla con un total menosprecio. ¿Quién pudiera presumir que esta conducta dejase de acarrear-me el odio del viejo rey? Fué sin embargo todo lo contrario, pues hasta entónces nunca me había tratado, si-

nó con aquella cortesanía espresiva que le era natural; pero mis desaires le pusieron sobre sí, y aun estuvo en mi mano el desbancar á la favorita. Teniendo mas fuerza para mí los deberes de fiel esposa que los deseos de muger que pretende agradar, me contenté con saber que no me era difícil el triunfo, sin llegar al extremo de conseguirlo. Por otra parte, si los obsequios de un monarca halagan nuestra vanidad, no pueden ménos de mortificarla los del amante de una cortesana.

Esta no me perdonó la victoria, aunque yo no la había empleado directamente en su daño; y para entablar desde luego su plan de venganza, fué sembrando por sí misma, y divulgando por medio de sus agentes, las calumnias mas perjudiciales y mas estudiadas. Mi atolondramiento era el testo, que glosaba la malicia con odiosos comentarios: me fueron acechan-

do los pasos; interpretaron mal mis palabras; sacaron ilaciones de cualquiera gestion mia indiferente; y me retrataron bajo diversos aspectos, ventajosos en cierto modo, pero acompañados de algun rasgo malicioso. La calumnia repartida por un sinnúmero de conductos, corrió por todas las clases del estado, alucinó al campesino en su choza, y regresando mas abultada y con mas violencia hacia su origen, preparó desde aquel punto la ruina en que me veo sepultada.

Esta trama se había maquinado en los primeros años de mi matrimonio, y el carácter frio de mi esposo el Delphin, su poco agasajo y el ceño frecuente que le causaba mi disipacion, autorizaban las hablillas mal intencionadas. Una prole dilatada las hubiera confundido en un pueblo, donde el cargo mas grave que se hace al heredero del trono, es el no tener suce-

sor; pero como por desgracia era yo estéril, daba mayor campo á la murmuracion.

Es necesario recordar, que á mi llegada á Francia, dos hombres, célebres para siempre; y cuya suerte ha influido tanto en la mia, estaban hacía algun tiempo ausentes de la corte. El primero, el conde de Artois, terminaba con un viage por Europa su curso de educacion; y el otro, que era el duque de Orleans, estaba desempeñando en el gabinete de San Jámex un encargo que le había confiado el rey.

Me habían hablado largamente de estos dos príncipes; y sus prendas, sus riquezas, y aun sus vicios, sus gastos y sus extravagancias les habían granjeado en las tertulias de la corte el mayor aplauso. Merecían casi en igual grado el aprecio de los caballeros y damas de la corte, pues unos encarecían sin tasa el gracejo ligero, la ama-

bilidad suma y la veleidad francesa del condesito; y otros ponían en las nubes el brio y el garbo del duque, su destreza en domar un caballo fogoso, sus vistosos trenes, sus correrías estravagantes y sus volantes ingleses.

Es bien sabido que desde el momento de mi desposorio, me había aprovechado del ensanche que me daba mi marido, para desentenderme del yugo y el tedio de la etiqueta establecida por la reina María. Las graves azafatas, que no sabían prender una flor sinó con solemnísimas ceremonias, fueron sustituidas por muchachas amables, vivas y lindas; y como los poetas me comparaban en sus versos aduladores con Vénus, no se me hacía extraño el verme rodeada del coro de las Gracias.

Entre estas se particularizó una de la figura mas halagüeña y del carácter mas servicial, pues lo que las otras ha-

cían por obligacion, lo ejecutaba ella por gusto: la menor mirada la ponía alerta, y con cualquier ademan ya estaba á mis rodillas: no parecía sino que acertaba con mis pensamientos, ántes de que yo los tuviese, y que respiraba el mismo aliento que yo. Cuando me veía algo triste, se le arrasaban los ojos de lágrimas, y en despejándose mi semblante, brillaba el regocijo en el suyo: decía á mas de esto con su natural donaire las agudezas mas sutiles y satíricas contra la odiosa favorita.

Como el conde de Artois era quien privaba para ella, no malograba ocasion de elogiarle, ya celebrando el atractivo de su persona, ya su ingenio y discrecion, y ya las prendas de su corazon. Poníale en verdad algunos lunarillos; pero eran tales en su boca, que había de parecer ménos perfecto sin ellos. En cuanto al duque de

Orleans, jamas le nombraba; y al preguntarle yo el concepto que le merecía, no hacía mas que mirarme con una sonrisa tan maliciosa, que equivalía á una sátira. Estando pues tan prendada de esta jóven, mi corazon inadvertidamente seguía su dictámen; y así ántes de verlos, apreciaba tanto á mi cuñado, como desestimaba á mi primo.

Nos hallábamos en la estacion abrasada, que hace de la frescura y sombra la primera necesidad y el deleite mas halagüeño, y al anoecer iba, con el beneplácito del Delfín, á disfrutar uno y otro por las arboledas frondosas de Versálles. Mi acompañamiento en aquellos paseos nocturnos se reducía á una ó dos mugeres, sin faltar por lo comun la referida. Allí, alejando con la sombra de los árboles y la oscuridad de la noche la brillantez importuna de la grandeza, me a-

llanaba á los desahogos de la familiaridad. Ya emboscándonos por las sesgas alamedas, ya sentadas en la alfombra del verde césped á la orilla del estanque magnífico, donde la luna reflejaba su brillo apacible; disfrutábamos á la par el embeleso de un coloquio amistoso. Mi amiguita salpicaba su agudísima conversacion con aquellos desahogos sencillos y afectuosos, que hacen asomar las lágrimas en los párpados, al paso que bañan de sonrisa los labios. El sosiego de la noche, el aroma suave de las flores con que el ambiente nos favorecía, el murmullo de las aguas, el susurro de las hojas que el viento mecía, y la edad de mi amable compañera y la mía, nos iban trayendo insensiblemente á considerar el estado de nuestros corazones. El suyo había suspirado, y estaba suspirando todavía por un objeto, que no se atrevía á nombrar; el mio no

conocía el amor sinó por el nombre, y hasta entónces solo había experimentado la amistad.

Un día, ó mas bien una noche, la vizcondesa Natalia (este es el nombre de mi compañera) y yo íbamos andando despacio y en silencio por un emparrado, cuyo techo estaba muy entretejido, y cuyos piés enramados de guirnaldas de madre selva, franqueaban el paso al resplandor de la luna, velada entre celages; y tendiendo la vista por las calles colaterales, la alargábamos hasta el césped tupido que cerca el estanque. Durante nuestra conversacion, que mi amiga solía hacer viniese á parar en el conde de Artois, hablamos de su regreso, que se decía muy inmediato. Creía ella, que sus viages, provechosos á todas luces, habrían realzado sus prendas físicas y acendrado su espíritu, y yo era tambien de la misma opinion, ateniendo-

me al dictámen de los maestros mas instruidos, y en virtud de la esperiencia; pues nada desimpresiona tanto de vulgaridades á un jóven, y nada saca tanto á luz sus virtudes, como los viages.

En esto asomó por la derecha á paso vivó hacia nosotras un militar, que nos pareció bien dispuesto. Si el conde estuviese en Versálles, dijo Natalia, diría que era él; y sin guardar mas decoro del que solía, sea por curiosidad ó por travesura, me quise quedar sola, y la vizcondesa se retiró á un espejillo inmediato.

El desconocido se fué acercando, y á la claridad de la luna eché luego de ver, que era jóven y buen mozo, que es lo primero de que, aun la muger mas reservada, se hace cargo. Por su conversacion fina y aguda, vi que le acompañaban la viveza y el talento; y por lo selecto de sus espresiones, y por las

frases, corrientes solo entre la grandeza, inferí que reunía con la ventaja de su nacimiento la de una educacion muy distinguida: todo lo cual confieso que me lisonjeó sobre manera. El concepto que yo le merecí, no fué por de contado tan recomendable, puesto que hallándome sola, tan á deshora y en aquel sitio, sin las galas de mi gerarquía, encubierta al contrario con el trage mas sencillo, no cabía el que atinase lo que yo era; y así aunque por el pronto se había portado con la mayor urbanidad, poco á poco se fué metiendo por el trillado camino del galanteo. Entónces acusé interiormente mi imprudencia, que me condenaba á escucharle; pero aquel lenguaje nuevo, que lastimaba mi oido por la vez primera, me restituyó toda mi altivez; y despejando á medias, por decirlo así, las nieblas que me encubrían, hice enmudecer al jóven militar, con-

fundí su temeridad, y me reuní con la vizcondesa.

Enagenada con la turbacion que me causó el desconocido, se la manifesté sin rebozo á mi amiga, contándole el pormenor del lance que me acababa de pasar. Hablé con enardecimiento y por largo espacio, tanto que, por no sé qué impulso íntimo, las espresiones del interés se interpolaron con los acentos de la altanería ajada; y despues de una hora de conversacion glosaba todavía mi aventura, ménos para lamentarme que para complacerme en ella.

Natalia, para quien era indiferente este acaso, y podía mirarlo de consiguiente á sangre fría, y descifrarlo con tino, echó de ver la novedad de mi language, y nuestra intimidad hizo que me comunicase desde luego esta observacion. Los filos agudos de un estoque, clavado en mis entrañas, me

hubieran sido ménos dolorosos; pero gracias á la oscuridad pude encubrir mi turbacion. ¡Cuán violenta era la conmocion de mi espíritu, y cuán vivo y estremado el encendimiento de mi rostro! El orgullo, el despecho, la cólera, y aun otro impulso mas tierno, hervían á un tiempo en mi pecho. Retiréme, desabrida con Natalia, con mi aventura y conmigo misma, y volví á buscar bajo los artesones dorados el sosiego que ya me iba abandonando.

Ay de mí! demasiado cierto era que lo había perdido en aquella noche fatal, pues la siguiente, en vez de restituirmelo, no hizo mas que acrecentar mi tormento. Solía vagar contra mi voluntad por las arboledas del jardin; oía la voz del desconocido; y mis oídos se complacían en recoger de nuevo sus palabras, no las que me habían agraviado, sinó las ajenas de todo des-

acato. Una ilusion , contra la cual batallaba en balde , me retrataba su figura , en la que el mas noble señorío se hermanaba con la suavidad mas halagüeña ; y sentía el soplo del ambiente , ó mas bien lo infería por las mecidas de la rubia cabellera del incógnito , que hacían graciosas oleadas en su cabeza , descubierta con cierto encogimiento. Y cuando la memoria con sus fieles relaciones pretendía desencantar la imaginacion , lastimar mi oído y amargar mi corazon , repitiéndome sus espresiones descomedidas ; una voz interior clamaba por él , interpretaba su intencion , y alcanzaba ejecutivamente el indulto.

El dia siguiente se divulgó que el conde de Artois , habiendo terminado sus viages por la Inglaterra , se había reunido allí con el duque de Orleans , y habían dado la vuelta juntos. Al punto de darme esta noticia , entró el

Delfin y me la confirmó , añadiendo , que debían entrambos presentarse al rey aquella misma tarde. Natalia no malogró la coyuntura de apuntar algunas especies lisonjeras acerca del conde ; pero apenas hice alto por estar desazonada y con el ánimo pre-ocupado.

La precision de ponerme de toda gala , aumentó mi tedio , y á la hora de salir de la corte me entró un desabrimiento tan estremado , que envié á hacerle presente al rey , para que me dispensase de la asistencia ; pero ¿ qué fué de mí , cuando el monarca con su numerosa comitiva asomó en mi estancia ? Señora , me dijo , fuera de la complacencia que tengo en venir á informarme de vuestra salud , que á todos nos interesa , no he podido resistir á las encarecidas instancias de nuestros jóvenes viajeros , que han visto en sus correrías muchos portentos ,

y no traen mas anhelo que el de olvidarlos: conqué tenéd á bien disimular esta importunidad, atendiendo á lo que la motiva. — El Delfin me presentó su hermano; pero es fácil inferir, cuál sería su asombro al reconocer la persona, con quien la víspera había usado aquellas espresiones atrevidas, y el mio, al hallar en él á mi desconocido. Bien se echaría de ver nuestra sorpresa; pero la presencia del rey no daba lugar á que se reflexionase sobre ella. Solo el Delfin reconvinó á su hermano por su cortedad, y este salió del paso con un cumplido, que me alentó para contestarle. Pero ¡cómo detesté de nuevo en aquel punto mi arrebatada inconsideracion, que me ocasionaba un sonrojo, cual si hubiera sido culpada!

Despues del conde de Artois se presentó el duque de Orleans. No acertaré á repetir sus razones; y lo único

que se me impresionó de su fisonomía, fué su mirar desvergonzado, que estuve involuntariamente comparando con los ojos tímidos del conde, y que me obligó mas de una vez á bajar los mios.

Desde aquel punto desapareció mi dicha y perdí mi reputacion. Divulgóse la escena del bosque, acriminada con particularidades odiosas; y he sabido despues, que fué tramada por la que lo avasallaba todo, y que la vizcondesa Natalia, su indigna hechura, que á fuerza de artificios y de hipocresía había merecido toda mi confianza, era el alma y el instrumento de aquella maquinacion infernal. Informada del regreso del conde, le había avisado por una esquelita anónima, que *una apasionada suya se pasearía por las alamedas del parque para esperarle.* La casualidad había en parte desbaratado la maniobra; pero los atalayas

que estaban acechando mi paso imprudente, aunque no culpable, lo anotaron todo puntualmente; y juzgando del resultado por las apariencias, habían dado sus conjeturas por realidades, y me iban desacreditando en varios libelos. De este modo una accion indiferente, pero indiscreta y sin premeditacion, me hizo el juguete del público.

El estado de mi interior empeoraba tambien mi situacion, pues reflexionando sobre mí misma, y desentrañando mi corazon, había advertido una cierta propension al conde, que me llenaba de horror. Era mi ánimo lidiar con ella á viva fuerza; pero ¿no es bien cruel y espuesto, el vivir junto al enemigo, que es preciso halagar, ó junto al amigo, con quien se ha de estar batallando?

A este tiempo empezaba á disminuirse la adustez del Delfin, su carácter se

hacia mas afectuoso, y su hablar mas afable; todo lo cual me empeñaba mas y mas en corresponderle. Para aumentar las causas de mi tormento y desconsuelo, mi cuñado el conde, arrebatado por una pasion, que yo tal vez fomentaba con el silencio y con mis miradas involuntarias, no podía ocultarla, y suministraba á mis émulos nuevas armas, nuevos triunfos á la calumnia, y á mí misma mil motivos de zozobras, de quebrantos y de remordimientos.

Murió en este intermedio Luis xv, y sucediéndole su nieto, es bien sabido, que una de sus primeras providencias fué desterrar á la escandalosa que había llenado de oprobio los últimos momentos del difunto rey, y aun confieso que intervine, no sin complacencia, en esta disposicion justiciera.

Esta variacion de circunstancias me hizo tambien mudar de opiniones, de

recreos, de conducta y de proyectos. Luego que las sienas de mi esposo ciñeron la diadema, y que el dictado de *Delfín* se trocó en el de *rey*, me pareció que entraba en mi elemento natural, y que respiraba por la primera vez. Súbdita hasta entónces, todo mi mando había sido el de una muger amable; y la soberanía efectiva halaga con mas delicia, por ser única, que cuantas puede proporcionar el atractivo de la hermosura, por ser esta una cualidad concedida á muchas de nuestro sexo. Me hice cargo de que las tramas del tocador decían mal con la estension de mi espíritu, no llenaban la capacidad de mi corazon, y de ningun modo podían embargar mucho tiempo mi atencion. Sin desentenderme pues del embeleso de una pasion, á la que todo debe su existencia, resolví sujetarla á esta otra, por la cual únicamente podía yo existir. ¡Cuán grato es en

efecto el verse encumbrado á tal punto, que para variar de situacion, sea preciso hacer un descenso! ¡Qué mayor delicia que con una sola mirada hacer bajar las de todos hacia la tierra, y repartir con una palabra, como Dios, la ventura ó la desgracia, la vida ó la muerte!

He disfrutado esta satisfaccion, he saboreado muy despacio la copa halagüena del poderío, pues hubo un tiempo en que de mi sonrisa pendía la suerte de un estado, y en que con un ademán encendía ó apagaba una guerra. Qué me queda de tanto poder? el desconsuelo de haberlo ejercido demasiado. ¿En dónde he vuelto en mí de aquel sueño hechicero? en un lóbrego calabozo. ¡O decretos incomprensibles de la Providencia!

Al estender para mi propio desahogo, no ménos que para la instruccion de mis hijos, este escrito funesto, no

ha sido mi ánimo sacar á luz las interioridades de mi vida privada, ni recordar los pasos de mi conducta pública. En este infierno, donde me ha encarcelado anticipadamente la maldad de los que nunca he ofendido, y cercada de escuchas que acechan, interpretan y glosan hasta mis suspiros; mi memoria no acierta á combinar todas las circunstancias, ni mi entendimiento á abarcar todas las especies, ni ménos mi imaginacion á reunir bastante número de imágenes, para poder formar un todo verídico y arreglado. En vez de referir uno por uno todos los sucesos de mi vida, me he propuesto mencionar solo aquellos que pueden aclarar algunos acontecimientos de la revolucion, que han sido hasta ahora desconocidos, ó han estado por lo ménos envueltos en alguna oscuridad.

Miéntas la coronacion de mi espo-

so inclinaba todos los impulsos de mi corazon hacia el dominio, el del conde se estaba consumiendo en el fuego que yo había encendido, y que mis imprudencias iban atizando; pero al cual no debía, ni era mi ánimo corresponder. Es verdad que, como llevo dicho, tenía que resistir á una inclinacion que me dominaba, y en que se hubiera cifrado mi dicha, si el decoro y las obligaciones se hubiesen podido hermanar con ella; pero sea que la escelencia de la virtud cautivase todavía mi espíritu, ó sea mas bien porque sufocaba á esta pasion otra no ménos halagüeña, y que sin pensarlo ni quererlo, por un instinto innato en mi familia, antepusiese el boato regio á las complacencias del corazon; el mio dejó de experimentar aquella especie de agitaciones que producía el amor batallando con el deber. Entregada del todo á los nuevos placeres de

mi situacion, no consideraba los otros sinó como meros desahogos. Manejar las riendas del Gobierno que me confiaba el nuevo monarca, era mi felicidad; y mi galardón se reducía á recobrar en sus brazos nuevo aliento para este glorioso desempeño.

MI HERMANO político no tardó en echar de ver, que la ambicion habia ocupado en mi pecho el lugar de otro afecto mas apacible; mutacion que desvaneciendo las esperanzas que le pudo infundir mi conducta anterior, le causó un pesar muy amargo. Como era demasiado jóven para dejar de arrebatarse por las pasiones con el ardor de la primera lozanía, sobrado fogoso para enfrenarlas, y muy bisoño para encubrirlas, me puso desde luego de manifiesto sus penas con un mirar triste y apagado; y de este testimonio mudo, en que aparenté no hacer alto, vino á parar á los suspi-

ros repetidos y á los ademanes de desesperacion. Aun creo que se le fueron algunas quejas y reconvenciones, pues no se puede negar, que de dos corazonces que se separan, el que últimamente ama, es el que mas padece en dejar de amar. Por hallarnos á mi parecer en este caso, contestaba yo chanceándome á las instancias del conde, el cual substituyó entónces los billetes á sus palabras. Leí el primero por sorpresa, pero le devolví los otros cerrados. El desconsuelo de aquel desventurado fué sin límites, pues su passion, que hacia tiempo no los conocía, vino á ser la causa, ó á lo ménos la ocasion de su pérdida, de la mia y de la de toda nuestra familia.

Había contraído con el duque de Orleans una especie de amistad, que la aficion á los viages, á las artes y á los placeres habia ido estrechando; y una confianza recíproca es el pábulo